

● BERTHA BALESTRA

Ya es hora

YA ES HORA —le dijo. Y le quitó aquello que cubría sus ojos.

Ella quedó atónita al ver su semblante ileso, impecable. Arreglado, limpio, afeitado. La sonrisa satisfecha dejaba al descubierto la dentadura completa.

¿Lo cambiaron de nuevo?

El horror empezó como un mal presagio, una de esas inexplicables ansiedades que a ella la han acosado toda su vida, casi siempre fundadas, normalmente desembocando en accidentes, muertes, separaciones o hasta eventos menores como extravío de objetos, robo de cartera, perder un avión, echar a perder un vestido o un platillo. Fue uno de esos días en que el romance la tenía flotando, felizmente incrédula ante el sueño alcanzado, cuando él le dijo por teléfono, de pasada, sin darle mucha importancia: tengo que salir de viaje, será sólo unos días. Tan fácil, tan normal y ella sintió el golpe, el miedo inexplicable, la sombra fatal. ¿A dónde? A Washington, contestó.

La premonición, como si hubiera dicho a Transilvania, a Siberia, a Bagdad, a Guantánamo, se fue adueñando de ella hora tras hora, alimentada por una nostalgia que le impedía concentrarse en el trabajo, en su vida cotidiana, en cualquier conversación. Él había prometido escribirle, pero el buzón de internet permanecía vacío mañana, tarde y noche. Por fin, unos días después, recibió el ansiado mensaje: informativo, alegre y con un tono poético muy propio del amado ausente. En la respuesta ella trató de expresar, en pocas palabras, todo su amor, lo mucho que lo extrañaba, su disposición a llevar la relación por cualquier camino, lo que fuera necesario para no perderlo y tampoco presionarlo o hacerlo sentir comprometido. Eso intentó, pero en aquellas frases volcó toda la angustia inconfesable.

Por fin llegó el esperado día en que él regresaba. Ella encendió el teléfono celular más temprano que nunca y lo tuvo a la vista todo el tiempo, aguardando la llamada, el mensaje, una señal de vida. Nada. ¿Se habrá quedado allá? ¿Algún contratiempo, un negocio aplazado? Al día siguiente él aparecería, estaba segura, había quedado de acompañarla. Otra vez nada. Extrañada, confundida, ella escribió un mensaje, ¿existes? Existo, fue la lacónica respuesta. Ah...

Desde ese momento, fue siempre ella la que lo buscaba, la relación se convirtió en un monólogo desquiciante, sólo matizado por la cortesía de él, quien nunca llegó al extremo de negarse o de plano pedirle que lo dejara en paz, que lo olvidara. Fue ella quien provocó el siguiente encuentro y forzó la promesa de verla a los dos días. Se acabaron las llamadas, los mensajes, la poesía. Se quedaron en el aire las mil y una veces que harían el amor, las actividades que planearon compartir, y un vacío asfixiante, que no disminuía ni un ápice con el trabajo excesivo, con la paz del hogar, con los afectos, amistades o diversiones, se adueñó de todas las horas de Helena. Ella repasaba y analizaba cada momento, cada palabra, tratando de encontrar una explicación, una pista para desentrañar la misteriosa transformación. Desarrolló entonces la teoría más descabellada; debía discutirla con Sonia, su amiga de siempre, el único ser a quien podía abrir el alma.

—No sólo me dejó plantada, me corrió elegantemente cuando me le aparecí.

—Un donjuán clásico, amiga, habrá tenido a la nueva por ahí escondida.

—Quizá, pero hay algo más raro, Sonia, lo siento, lo percibo con ese sexto sentido que tú me conoces.

—El peligroso, el de bruja... ¿No será más bien que esta vez sí te pegó? Creo que mi amiga, la inalcanzable calientapendejos, ahora sí cayó duro.

—Es que éste no es, no era, ningún pendejo. Y sí, caí redondita, ¿sabes por qué? Porque es (o era, otra vez) todo lo que yo soñaba, colmó la esperanza de alcanzar una utopía que no me había dejado sentirme satisfecha a pesar de tenerlo todo a los ojos de los demás, ser la más afortunada según el librito. Pero sólo tú sabes, Sonia, de ese hueco que nunca llené y éste... Qué te cuento, tiene todo: sensible, inteligente, culto, combina lo dulce con lo atrevido de la sangre árabe. También es misterioso y desconcertante; un cínico disfrazado de decente.

—Mujeriego y traicionero —interrumpió Sonia.

—Te conté muchas veces de mi obsesión por aquellas tierras desde niña, tan ilógica, salida aparentemente de la nada. Pero eso era, ¿no?, la intuición de que me llegaría de allá.

—Tu dichosa alma gemela.

—Sí, la había encontrado: afinidad de intereses, sensualidad al mismo ritmo... el golpe en el estómago desde la primera vez que oí su nombre de príncipe; la conexión espiritual instantánea. Todo eso me impide aceptar que simplemente se le acabaron las ganas, ¿ves? Perdí el enlace y no me parece posible. Me rebelo, me niego a aceptarlo. Tengo una hipótesis...

—Viene, ya me agarré de la silla.

—No es el mismo, me lo cambiaron en Washington o dondequiera que haya ido.



Montserrat Reyes Márquez, *Sombras 4*.

—¿Cómo crees? Quién haría eso y para qué.

—No tengo idea, tú me vas a ayudar a pensar. Pero bueno, como pista te diré que se dedica a negocios extraños, sospechosos, me han insinuado que lava dinero, pero quién sabe si hay otras cosas.

—Estás desvariando, amiga, lo que necesitas es darte una buena encerrona con él, exprimirlo de una vez, desmitificarlo y ya luego, todo o nada. Mira, te voy a prestar la cabañita que nos compramos Jos y yo para escaparnos de los chavos, si de ahí no sale muerto de amor ya ve pensando en otra cosa.

—¡Qué linda! Pero prométeme meditar lo de la suplantación, ¿sí? Nunca has dudado de mis adivinaciones.

—Está bien, te lo prometo. Mañana te doy las llaves y un planito para llegar a la cabaña.

No fue fácil idear la estrategia para aquel secuestro romántico. Él argüía mucho trabajo, no querer provocar problemas a ella, la posibilidad de que alguien los viera y cundieran los rumores. Pero Helena lo logró, y una tarde inolvidable estaban cruzando la puerta del famoso nidito, en medio de un bosque situado a la mitad de ninguna parte.

El lugar era ideal para el amor: chimenea lista para encenderse, música suave, tapetes y cojines invitando a tumbarse en cualquier posición.

Apenas se habían puesto cómodos cuando se oyó la llave en el cerrojo. Ambos saltaron. Eran Sonia y Joseph.

—Olvidamos dejarles esto.

Traían una botella de champaña.



Pasada la sorpresa, las presentaciones y el primer brindis, al que Nassim insistió en incluir a los anfitriones, Sonia llamó a su amiga a la cocina.

—Tenías razón, bruja. El tipo es mucho más peligroso de lo imaginado. Deja que Jos platique un rato con él, para sacarle la sopa.

—¿Cómo supiste? ¿Qué clase de peligro?

—Espía. Enlace financiero de Al Qaeda para México y Centroamérica. Efectivamente, esos elementos tienen con frecuencia suplentes, dobles que envían para comprobar sus manejos.

Tras el sonido de pasos, las voces dejaron de oírse en la sala.

Después de un tiempo que a ella le pareció larguísimo, Joseph la llamó. Sonia la estrechó fuertemente, como si temiera por su amiga.

Bajo la alfombra, en el centro de la sala, se abría una puerta horizontal. Una escalera conducía al sótano frío, en semipenumbra.

Helena se estremeció cuando pudo al fin distinguir lo que al entrar en la oscuridad fueron sólo sombras: allí estaba Nassim, desnudo, atado a una silla. Lo flanqueaban dos tipos enmascarados.

Joseph, con tono áspero, se dirigió en árabe al prisionero.

—Pinche puta, ¿cómo pudiste entregarme al Mossad? —le lanzó desde la silla, con voz dolorida.

Uno de los enmascarados le propinó un tremendo bofetón. La sangre brotó de nariz y boca.

—Dile por qué dejaste de quererla —ordenó Joseph.

—Nunca lo hice, sólo me divertí con ella —retó.

—Creo que este galancete de mierda merece una estimulación especial, para que deje de hacer sufrir a mujeres como nuestra amiga.

Al chirriar de la picana entrando en contacto con la carne siguieron los aullidos. Helena no se contuvo y estalló en sollozos. A pesar de la confirmación de sus sospechas, el odio que debió haber sentido por el impostor se desmoronaba al verlo en ese estado. El cuerpo delgado, bien delineado, idéntico al que ella amaba, se doblaba de dolor, bañado en sudor frío; el pene se encogía como si quisiera esconderse y huir de la proximidad de los testículos ennegrecidos por las quemaduras. La cara se había convertido en un masacote de sangre y carne inflamada, los ojos inyectados, los párpados hinchadísimos ocultaban aquellos iris de un verde indefinido que a Helena la llevaban al mar en cada mirada, *tes yeux tous délavés qui te donnent un air de reveur* parecía cantarle al oído Georges Moustaki cada vez que los veía. Las atractivas ojeras moriscas se habían transformado en dos globos color púrpura.

—Explícale dónde quedó su amante —insistía Joseph.

Silencio.

Otra señal del interrogador y el verdugo tomó unas pinzas y procedió a arrancar una uña, venciendo la fuerza de los dedos crispados.

Nuevo aullido.

—Helena se desplomó, inconsciente.

No supo más de sí hasta el amanecer, cuando la voz de él la sacó del sopor.

—Despierta.

Ella se frotó los ojos, incrédula. Ni una huella de golpes, nada de rencor en la voz o en la mirada de su amante. La cabeza le estallaba. Sintió que se hundía de nuevo en otra dimensión; el piso se reblandecía como si su cuerpo se relajara sobre los cojines de la sala. En la chimenea quedaban algunos rescoldos. Alrededor, su ropa regada alrededor de la cubeta, en donde la botella de champaña yacía boca abajo, nadando en el charco de hielo derretido. Sobre una mesilla los restos de algunos bocadillos que Sonia le ayudó a preparar antes de dejarlos.

Nassim se acercó a ella y la besó con la ternura del primer beso, el que la introdujo en aquel mundo maravilloso de la búsqueda concluida. Helena reconoció al Nassim de antes, el que había adorado aún sin conocerlo. ¿Llegó al fin la hora de disfrutar del amor perfecto, sin más vacíos ni sufrimiento?

—Vamos, ya levántate —le ordenó.

Logró por fin abrir bien los ojos y despejarse. Estaba todavía en el sótano. La silla donde antes estuvo atado el prisionero, atterradoramente vacía.

—¿Dónde está Sonia? Quiero irme de aquí —dijo.

—Sonia se marchó hace mucho, con Joseph. Yo me voy también, quería despedirme...querida. Porque tú...ahora estás, ¿cómo explicarte? Demasiado informada.

Ella sintió las manos de los enmascarados en cada uno de sus costados. Y supo que había llegado su hora. LC